

Thomas
Hardy

34

LETRAS LIBRES
ABRIL 2012

Convergencia de dos

I
En soledad de mar,
muy lejos de la vanidad del hombre,
del Órgullo Vital que la planea, yace tranquilamente.

II
Aposentos de acero, extintas ya las piras
de todos sus salamandrinicos fuegos,
son traspasados por las frías corrientes, vueltos liras de rítmicas mareas.

III
En los espejos, creados con el fin
de enmarcar al magnate,
se desliza –grotesco y viscoso, callado, indiferente– un gusano de mar.

IV
Las alegres alhajas, diseñadas
para arrobar las mentes sensitivas,
yacen yertas y todos sus fulgores son nimios, negros, nulos.

V
Peces con ojos de menguante luna
miran aquel dorado equipo desde cerca
y se preguntan: “¿Qué hace aquí abajo tamaña petulancia?”

VI
Pues bien: mientras se estaba construyendo
esta criatura de ala surcadora,
el Destino Inmanente, que todo lo remueve y lo propulsa,

VII
le preparó un siniestro compañero
a ella, tan graciosamente grande:
un Figurín de Hielo, por entonces obeso y apartado.

VIII
Mientras crecía la elegante nave
en estatura, gracia y colorido,
a una distancia oscura y silenciosa también crecía el Iceberg.

IX

Parecían ser dos desconocidos:
ningún ojo mortal pudo advertir
la soldadura íntima de su postrera historia.

X

O señal de que fueran orillados
por rutas coincidentes
a ser, poco después, las mitades perfectas de un Augusto suceso.

XI

Hasta que la Hilandera de los Años
dijo: “¡Ahora!” Y cada quien lo oye,
se consolida la consumación y hace estremecer dos hemisferios. —

VERSIÓN DE HERNÁN BRAVO VARELA

DOS HEMISFERIOS

Setenta y cinco años antes de que el director James Cameron lo convirtiera en el romance más insípido y costoso del cine, el naufragio del Titanic conmovió al público de su tiempo a través de la prensa. Baste citar los dos artículos que escribió Joseph Conrad (reunidos en un pequeño volumen titulado Acerca de la pérdida del Titanic) y el poema “Convergencia de dos”, del novelista y poeta inglés Thomas Hardy (1840-1928).

Razones sobran para que el tema baya movido de tal modo a Conrad y Hardy —la espectacularidad del naufragio, el atroz testimonio de los sobrevivientes—, pero una fue decisiva: el hundimiento de la nave como la muerte anunciada del Progreso. Dos años antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, el barco de pasajeros más grande y lujoso del mundo, cuya construcción demoró tres años, se sumergió en menos de tres horas durante su viaje inaugural, la noche del 14 de abril de 1912.

Sin embargo, “Convergencia de dos” no es solo una epopeya en once tercetos sobre el Titanic. Es, sobre todo, una de tantas elegías que Hardy le escribió a Emma Lavinia Gifford (1840-1912), con quien compartió casi cuarenta años de no muy armónica vida conyugal.

De hecho, en su ensayo “El poeta, la amada y la musa”, Joseph Brodsky afirma que la “metáfora central [del poema] es el fracaso del matrimonio”. Lleno de culpas que lo persiguieron hasta la muerte, un anciano Hardy comparó a la joven Emma con “la elegante nave” cuya vida se impactó contra la de su esposo y “siniestro compañero”, “un Figurín de hielo, por entonces obeso y apartado”.

En los primeros cinco tercetos del poema, Hardy parece hablar del Titanic, burlado “en soledad de mar”. Pero el retrato, semejante a “El sueño de los guantes negros” de Ramón López Velarde, constituye la morbosa descripción del cadáver corrupto de su amada. “Convergencia de dos” es, nunca mejor dicho, la punta del iceberg de un duelo tétrico y temperamental que asomó en los últimos años del longevo Hardy. Aunque se casó nuevamente en 1914 con Florence Emily Dugdale, el corazón del poeta fue enterrado al morir junto a Emma, su primera esposa, en 1928.

Esta versión está dedicada a Darin McNabb, filósofo de tiempo incompleto, que me descubrió el poema de Hardy y a quien le debía una explicación de mi entusiasmo.

— Hernán Bravo Varela